

Madre

He oído decir en incontables ocasiones que lo peor para una madre es perder a un hijo. En mi oficio, para fortuna de mi descanso y mala para mis superiores, nunca tuve la necesidad de redactar demasiados textos relativos a semejantes temas. El periódico local de una pequeña ciudad costera como San Sebertino sólo se nutría de historias de marinos, un desafortunado accidente sin mayor gravedad o algún anuncio sobre un acontecimiento local de poco interés más que el informativo. En una ocasión recuerdo haber participado en el texto de un crimen de sangre extremadamente descriptiva, tanto así que llamó la atención de periódicos de mayor público y renombre, y con ello la atención temporal de ojos extranjeros a nuestra pequeña localidad.

A pesar de las atenciones recibidas entonces, nunca hubo demasiada actividad ni trabajo periodístico en la oficina; excepto claro, en el caso de la señorita Hubbert. Fue entonces cuando gané mi derecho y título como periodista, a cuenta de mi propio puesto de trabajo en aquella pequeña ciudad. Ya no puede encontrarse ni una copia de aquel ejemplar de “Noticias de la Costa”, pues todos han desaparecido, se han destruido o nunca vieron la luz, pero yo guardo con sumo cuidado las memorias de aquellos meses, así como un cuaderno de anotaciones de los diferentes acontecimientos y varias fotografías de la propiedad y sus ennegrecidas paredes. Incluso ahora, a pesar de los escalofríos que me recorren el cuerpo cuando lo sujeto, aún conservo el pequeño tarro de cristal que dió comienzo a todo. A pesar del tiempo transcurrido, las autoridades

aún no han logrado descifrar lo que fuera que podía haber provocado aquello y siguen buscando a posibles responsables de semejante estampa. Pero para mí no hay ninguna duda. La desaparición de la señorita Hubbert no fue sino la venganza de una madre por perder a su retoño.

En aquel año de 1898, San Sebertino se encontraba en una creciente expansión. El que fuera entonces un pequeño puerto pesquero se convirtió en un próspero lugar de carga y descarga de mercancías gracias a su buena ubicación y la orografía de la costa, con una gran profundidad a pocos metros de la playa. Además, existía una protección natural para los barcos contra el oleaje proporcionado por una montaña, todo ello sumado a un espigón artificial sumergido formado por grandes bloques de hormigón. El conjunto hacía a la ciudad un refugio para cargamentos, barcos y tripulación, lo cual atrajo una notable cantidad de comerciantes, inversores y turistas. Entre toda aquella nueva sangre, se encontraba la señorita Hubbert.

Inglesa, de noble clase y vivaz carácter, la señorita Hubbert pronto se convirtió en una celebridad dentro de la comunidad. Llegó como una turista más, pero enseguida pareció enamorarse de la playa y el sol, adquiriendo una gran propiedad en primera línea a las pocas semanas, llenándola de curiosos y exóticos objetos de diversas partes del globo traídos en barco desde su hogar natal en Londres. La señorita Hubbert había estado casada, pero un desafortunado accidente se llevó de manera repentina a su esposo hacía unos años, dejándola viuda a la temprana edad de treinta años. No hay registros de lo

que le sucedió a su marido, pero se sabía que ambos compartían un total y desinteresado amor por el conocimiento general, en especial por las especies y su categorización. Seguidores de estudiosos y científicos como Darwin, los Hubbert habían adquirido obras de todos los rincones, desde lámparas de aceite antiguas, murales, tejidos y una colección de piedras y minerales envidiable por cualquier geólogo. Pero sin duda, lo que más llamaba la atención de todas sus pertenencias era la colección de especímenes disecados y esqueletos de diferentes animales, contando incluso con el de un enorme elefante africano...